

SOBRE LA CULTURA¹

La cultura de un pueblo puede ser descrita, en sus principales líneas, como la expresión de una consciencia de vida que se formula a sí misma en tres aspectos. Se da una dimensión de pensamiento, de ideal, de voluntad y aspiración del alma; hay una dimensión de autoexpresión creativa y estética apreciativa, inteligencia e imaginación; y existe una dimensión de formulación práctica y exterior. La filosofía de un pueblo y su pensamiento superior nos ofrecen lo más puro de su mente, la más amplia y general formulación de su consciencia de vida y su perspectiva dinámica de existencia. Su religión manifiesta la forma más intensa de la voluntad de progreso espiritual y de aspiración anímica hacia el logro del ideal e impulso superiores. Su arte, poesía, literatura, nos proporcionan la expresión creativa y el sello de su intuición, su imaginación, su disposición vital y su inteligencia creativa. Su sociedad y política señalan las formas y organización visible en las que la vida más externa elabora todo aquello que puede a partir de su ideal inspirador y de su carácter y naturaleza especiales bajo las dificultades impuestas por el entorno. En éstas, podemos ver cuánto ha tomado del crudo material de la vida, qué ha hecho con él, qué cantidad de él ha modelado convirtiéndolo en un reflejo de su consciencia-guía y de su espíritu más profundo. Ninguno de estos elementos expresa la totalidad del espíritu tras ellos, pero éstos derivan de aquél en sus ideas principales y carácter cultural. Juntos crean el alma, mente y cuerpo de la cultura.

Una cultura debe ser juzgada, en primer lugar, por su espíritu esencial; después, por sus máximos logros; finalmente, por su poder para sobrevivir, renovarse y adaptarse a las nuevas fases de las permanentes necesidades de la raza.

No puede existir una cultura grande y completa sin un elemento de ascetismo en ella; pues ascetismo significa autonegación y autoconquista, por los que el hombre reprime sus impulsos inferiores y se eleva a mayores alturas en su naturaleza. El ascetismo Indio no es un gimoteante evangelio de miserias o una dolorosa mortificación de la carne en mórbidas penitencias, sino un noble esfuerzo hacia un gozo superior y una absoluta posesión del espíritu. Un gozo mayor de autoconquista, un gozo sereno de paz interior y un poderoso gozo de supremo autotrascenderse son el corazón de esta experiencia. Sólo una mente ofuscada por la carne o demasiado enamorada de la vida exterior y su inquieto esfuerzo e inconstantes satisfacciones puede negar la nobleza o elevado ideal que alimenta el ánimo ascético. Pero existen en él también las exageraciones y desviaciones que todo ideal experimenta.

Ninguna cultura anti-vital puede sobrevivir. Una civilización demasiado intelectual o etérea a la que le falte un fuerte estímulo y motivo de orden vital languidecerá por falta de sangre y de savia. Una cultura, para ser permanente y

¹Las siguientes reflexiones sobre la cultura han sido extraídas de la obra de Sri Aurobindo *Foundations of Indian Culture*, aparecida en forma de artículos en la revista *Arya* entre los años 1918 y 1919. Estas interesantísimas ideas -hoy más vigentes que nunca porque no surgen de la observación de una actualidad cotidiana que nos queda lejos en el tiempo y en el espacio, sino de una intuición profundísima de la realidad de las ideas desde donde pueden verse y aplicarse a cualquier marco social y cultural- constituyen el aparato intelectual en el que Sri Aurobindo fundamenta su defensa de la cultura India, que había sido puesta en entredicho por un comentarista británico. Pueden verse, así, como un resumen de lo esencial de aquel libro y, lo que es más importante, revelan al lector inteligente el canal a través del que la enseñanza espiritual de Sri Aurobindo fluye hacia el cuerpo social. Los párrafos que siguen pertenecen respectivamente a las páginas 51-52, 64, 74-75, 93, 95, 102, 108-109, 173, 174-175, 334-335, 336-337-338, 367 & 386 de *Foundations of Indian Culture*.

completamente útil al hombre, debe darle algo más que una especie de extraño y trascendental empujón a sobrepasar todos los valores de vida terrestres. Debe hacer incluso más que adornar con una gran curiosidad de conocimiento, ciencia e investigación filosófica o una rica luz y esplendor de arte, poesía y arquitectura, la larga estabilidad y ordenado bienestar de una sociedad humana antigua y madura. Debe superar también la prueba del poder de Vida. Debe haber en ella inspiración para el esfuerzo humano terrestre, un objetivo, un estímulo, fuerza para el progreso y voluntad de vivir. Ya hayamos o no de cesar en el silencio y *Nirvana*, ya sea el nuestro un final espiritual o una muerte material, es sin duda cierto que el mundo en sí mismo es la poderosa labor de un vasto Espíritu de Vida, y el hombre la presente y dudosa corona sobre la tierra, el héroe esforzado pero sin éxito aún y el protagonista de su aventura o su drama. Una gran cultura humana debe ser capaz de ver esta verdad hasta cierto extremo; debe infundir cierto poder ideal y consciente de autorrealización a su esfuerzo de progreso. No basta con hallar una base estable para la vida, no basta con adornarla, no basta con elevarse sublimemente hacia cumbres cada vez más altas: la grandeza y el crecimiento de la raza en la tierra exige de nosotros igual preocupación.

Hay tres poderes que debemos comprender para ser capaces de juzgar el valor de vida de una cultura: en primer lugar, el poder de su concepción original de vida; después, el poder de las formas, tipos y ritmos que ha dado a la vida; por último, la inspiración, el vigor, la fuerza de ejecución vital de sus motivos manifestada en la vida real de los hombres y de la comunidad florecida bajo su influencia.

Pero mientras que es generoso oficio de la cultura enriquecer, engrandecer e infundir coraje a la vida humana, debe también dotar a las fuerzas vitales de una ley guía, someterlas a cierto gobierno moral y racional y conducir las más allá de sus primeras formulaciones naturales, hasta que pueda hallar para la vida la clave de una libertad, perfección y grandeza espirituales.

En una cultura que aspire a la perfección, debe haber no sólo grandes y nobles ideas rectoras e inspiradoras, sino también una armonía de formas y ritmos, un marco en el que las ideas y la vida hallen su función y posición. Aquí debe hallarse preparada para una perfección menor, una mayor incompletitud. Y la razón es que tal como el espíritu es más vasto que sus ideas, las ideas son más amplias que sus formas, moldes y ritmos. La forma tiene una cierta rigidez que limita; ninguna forma puede agotar o expresar totalmente la potencialidad de la idea o de la fuerza que le dio nacimiento. Tampoco puede ninguna idea, por más vasta que sea, o cualquier juego de fuerzas o formas, sujetar el espíritu infinito: éste es el secreto de la necesidad de la tierra de mutación y progreso. La idea es sólo una expresión parcial del espíritu. Incluso dentro de sus propios límites, en sus propias líneas, debe tornarse cada vez más dúctil, alimentarse con otras perspectivas, elevarse y ampliarse hallando nuevos campos de aplicación, y a menudo tiene que perderse a sí misma en ulteriores transformaciones de su propio sentido en significados más vastos o fundirse a sí misma en síntesis nuevas y enriquecidas. Por esta razón, en la historia de todas las grandes culturas hallamos un desarrollo a través de tres periodos, consecuencia necesaria de esta verdad de las cosas. Existe un primer periodo de extensa y libre formación; un segundo periodo en el que descubrimos una fijación de las formas, moldes y ritmos; un periodo final o crítico de exacerbación, decaimiento y desintegración. Esta última etapa supone la crisis suprema en la vida de una civilización; si ésta no logra transformarse a sí misma, inaugura un lento declive o bien se colapsa y agoniza ante el impacto de poderes y formaciones más fuertes e inmediatamente vivos aunque no

necesariamente más grandes o verdaderos. Pero si es capaz de liberarse de las formas que la limitan, renovar sus ideas y ofrecer un nuevo aspecto de su espíritu, si se muestra deseosa de comprender, controlar y asimilar nuevas direcciones de crecimiento y necesidades, se hace posible una renovación, un pacto fresco con la vida y expansión, un verdadero renacimiento.

Un sistema es, en su misma naturaleza, una realización y una limitación del espíritu al mismo tiempo; y, sin embargo, debemos tener una ciencia y arte de vida, un sistema de vivir. Todo lo que se necesita es que las líneas establecidas sean vastas y nobles, capaces de evolución, de manera que el espíritu pueda expresarse más y más en la vida; flexibles aun en su firmeza, de modo que puedan absorber y armonizar nuevo material y crecer en variedad y riqueza sin perder su unidad.

Pero, finalmente, debemos ver no sólo el espíritu y principio de la cultura, no sólo la idea ideal y perspectiva de intención en su sistema, sino también su labor y efecto real en los valores de la vida. Aquí debemos admitir grandes limitaciones, grandes imperfecciones. No hay cultura, no hay civilización antigua o moderna cuyo sistema haya resultado enteramente satisfactorio a la necesidad de perfección en el hombre; no hay ninguna cuyo trabajo no haya sido afectado por considerables limitaciones e imperfecciones. Y cuanto mayor es el propósito de una cultura, cuanto más vasto el cuerpo de su civilización, más reclaman sus defectos la atención del ojo crítico. En primer lugar, toda cultura sufre por las limitaciones o defectos de sus cualidades y, como consecuencia casi infalible, también por la exageración de sus cualidades. Tiende a concentrarse en ciertas ideas directrices y a perder otras de vista o a ignorarlas indebidamente; esta falta de equilibrio da lugar a tendencias parciales no debidamente examinadas, fuera de lugar a veces, y determina insanas exageraciones. Pero mientras perdura el vigor de la civilización, la vida se adapta, establece la mayoría de las fuerzas compensadoras y, a pesar de todos los obstáculos, males, desastres, algo grande es realizado. Sin embargo, en un tiempo de declive, el defecto o exceso de una cualidad particular alcanza su apogeo, se convierte en una enfermedad, causa una conmoción general y, si no es contenido a tiempo, lleva a la decadencia y muerte. Por otra parte, el ideal puede ser grande, puede incluso, como a menudo ocurrió en la cultura India, poseer una cierta perfección provisional, constituir una primera tentativa de armonía totalizadora, pero siempre existe una brecha entre el ideal y la práctica real de la vida. Salvar esa brecha o, por lo menos, hacerla tan estrecha como sea posible es la parte más difícil del esfuerzo humano. Finalmente, la evolución de nuestra raza, sorprendentemente si miramos a través de las edades, supone todavía, cuando todo ha sido dicho, un progreso lento y perturbado. Cada edad, cada civilización carga con el pesado fardo de sus deficiencias; cada sucesiva edad arroja de sí algo de su carga, pero pierde alguna virtud del pasado, crea otros vacíos y se confunde a sí misma con nuevas aberraciones. Debemos establecer un equilibrio, ver las cosas en relación a su totalidad, observar hacia dónde tendemos y servirnos de una visión amplia en el espacio y el tiempo; de otro modo, resultará difícil mantener una fe indeclinable en los destinos de la raza. Porque, después de todo, lo que hemos conseguido hasta ahora en nuestros mejores momentos ha sido verter una módica cantidad de razón y cultura y espiritualidad sobre una gran masa de barbarismo. La humanidad no está aún más que semicivilizada y nunca ha ido más allá de este estado en la historia de su presente ciclo.

Un pueblo, una gran colectividad humana, es de hecho un ser vivo orgánico con un alma, mente y cuerpo colectivos o, mejor, -pues colectivo es demasiado mecánico para

ser verdad respecto a su realidad interior- comunales. La vida de una sociedad, como la vida física de un ser humano individual, pasa por un ciclo de nacimiento, crecimiento, juventud, madurez y declive, y, si esta última etapa no es contenida en su curso hacia la decadencia, puede perecer -así perecieron todos los antiguos pueblos y naciones excepto China e India- como parece el hombre de avanzada edad. Pero el ser colectivo posee además la capacidad de renovarse a sí mismo, de recuperarse y dar paso a un nuevo ciclo. Porque en cada pueblo hay una idea-alma o idea-vida en obra menos mortal que su cuerpo y, si la idea es suficientemente poderosa, vasta y estimuladora, y el pueblo lo suficientemente fuerte, vital y plástico en mente y temperamento para combinar la estabilidad con un enriquecimiento constante o nueva aplicación del poder de la idea-alma o idea-vida en su ser, aquél puede llegar a pasar varios ciclos similares antes de un agotamiento final. Sin embargo, la idea es sólo el principio de manifestación del alma del ser comunal y cada alma comunal, por otra parte, es una manifestación y vehículo del superior espíritu eterno que se expresa a sí mismo en el Tiempo y busca en la tierra, podría decirse, su culminación en la humanidad a través de las vicisitudes de los ciclos humanos. Así, un pueblo que aprende a vivir conscientemente no sólo en su vida física y exterior, no sólo en ella y el poder de su idea-vida e idea-alma que gobierna las transformaciones de su desarrollo y es la clave de su psicología y temperamento, sino en el alma y espíritu tras ellos, tal pueblo no se agotará, su final no será la desaparición o una disolución o fusión con otros, no deberá dar lugar a una nueva raza o pueblo sino, habiendo él mismo fusionado en su vida muchas sociedades originales menores y alcanzado su máximo crecimiento natural, experimentará sin necesidad de morir muchos renacimientos. E incluso si en algún momento parece hallarse en el punto de un absoluto agotamiento y disolución, se recuperará por la fuerza de su espíritu y comenzará un ciclo nuevo, y acaso más glorioso. La historia de la India ha sido la de la vida de tal pueblo.

Debe ser señalado otro de los puntos diferenciales entre la antigua sociedad India y la de los pueblos de Europa, que hace los modelos de Occidente tan inaplicables aquí como la experiencia de la mente y la cultura interior. La sociedad humana, en su crecimiento, debe atravesar tres etapas evolutivas antes de alcanzar la culminación de sus posibilidades. La primera es una condición en la que las formas y actividades de la existencia comunal son las de un juego espontáneo de poderes y principios de vida. Todo su crecimiento, todas sus formaciones, costumbres, instituciones constituyen entonces un desarrollo natural orgánico -el motivo y poder constructivo surgiendo en su mayor parte del principio subconsciente de vida en su interior- que expresa sin intención deliberada la psicología comunal, su temperamento, las necesidades vitales y físicas, persistiendo o alterándose en parte bajo la presión del impulso interno, en parte bajo la presión del entorno, que actúa sobre la mente comunal y su temperamento. En esta etapa, el pueblo no es todavía inteligentemente autoconsciente en la vía de la razón, no es aún un ser colectivo pensante y no trata de gobernar la totalidad de su existencia comunal mediante la voluntad razonante, sino que vive de acuerdo con sus intuiciones vitales o primeras tentativas mentales. El temprano armazón de la sociedad y política Indias creció en este periodo como en las comunidades más antiguas y medievales, pero en las etapas posteriores de un crecimiento social autoconsciente sus elementos no fueron rechazados sino sólo reformados, desarrollados, sistematizados de modo que no fueran nunca sólo una construcción de los políticos, legisladores y pensadores sociales y políticos, sino un orden poderosamente estable y vital, natural a la mente, a los instintos y a las intuiciones de la vida del pueblo Indio.

Una segunda etapa de la sociedad es aquella en la que la mente comunal se vuelve más y más intelectualmente autoconsciente; primero en las mentes más cultivadas, primero extensamente, luego con más y más precisión en todas las partes de su vida. Aprende a examinar y tratar con su propia vida, con sus ideas comunales, necesidades, instituciones, a la luz de la inteligencia desarrollada y, finalmente, basándose en el poder de la razón crítica y constructiva. Es ésta una etapa llena de grandes posibilidades, pero asediada también por serios peligros característicos. Sus primeras ventajas son aquellas que siempre conlleva el aumento de un claro y comprensivo y finalmente exacto y científico conocimiento; la fase culminante es la estricta y organizada eficacia que la razón crítica, constructiva y científica, llevada a su máximo grado, ofrece como recompensa y consecuencia. Otro y mayor resultado de esta etapa de evolución social es el surgimiento de ideales luminosos y elevados que prometen alzar al hombre más allá de los límites del ser vital, más allá de sus primeras necesidades y deseos sociales, económicos y políticos, y conducirlo fuera de sus moldes habituales infundiéndole un impulso de audaz experimentación en la vida comunal capaz de abrir un campo de posibilidades a la realización de una sociedad más y más ideal. Tal aplicación de la mente científica a la vida con la eficacia estricta, bien acabada, organizada que constituye normalmente su máximo resultado, esta búsqueda de grandes y conscientes propuestas sociales, de ideales políticos y progreso -que son el índice del espacio cubierto en la tarea- han sido, con sus límites y retrocesos, las ventajas que distinguen el esfuerzo político y social de Europa.

Por otro lado, la tendencia de la razón cuando pretende tratar con los materiales de la vida como su gobernador absoluto es mirar demasiado lejos de la realidad de la sociedad como crecimiento vivo y manejarla como un mecanismo que puede ser manipulado a voluntad y construido, como madera muerta o hierro, de acuerdo con los dictados arbitrarios de la inteligencia. La razón sofisticadora, operadora, constructora,

eficaz, mecanizadora pierde de vista los principios simples de la vitalidad del pueblo y se aparta de las secretas raíces de su vida. El resultado es una exagerada dependencia del sistema e institución, de la legislación y administración, y la tendencia mortal a desarrollar, en lugar de un pueblo viviente, un Estado mecánico. Un instrumento de la vida comunal intenta usurpar el lugar de la vida misma y se crea una organización poderosa pero mecánica y artificial. Y a medida que este error prospera, se pierde la verdad de la vida de un alma comunal orgánicamente autodesarrollada en el cuerpo de un pueblo vivo y libre. Error de la razón científica es sofocar el trabajo del vital y de la intuición espiritual bajo el peso muerto de su método mecánico. Ésta es la debilidad de Europa, que ha engañado a su aspiración y le ha impedido alcanzar la verdadera realización de sus más altos ideales.

Sólo cuando se alcanza un tercer estado de la evolución del colectivo social tanto como del ser humano individual los ideales abrazados y amados en un primer momento por el pensamiento del hombre pueden descubrir su fuente y carácter real, su verdadero sentido y las condiciones de su realización. De no ser así, la sociedad perfecta no será nada más que una visión en un nimbo brillante constantemente perseguida dando vueltas a un círculo y constantemente perdida para la esperanza y huida del abrazo. Ésta tendrá lugar cuando el hombre en la colectividad aprenda a vivir más profundamente, gobernando su vida colectiva no, en primer lugar, por las necesidades, instintos, intuiciones que brotan de su ser vital; tampoco, en segundo lugar, por las construcciones de la mente razonadora, sino principalmente y siempre por el poder de la unidad, simpatía, libertad espontánea, por el orden dúctil y viviente de su descubierto ser esencial superior y espíritu en los que la existencia individual y comunal hallan su ley de libertad, perfección y unidad. Es ésta una regla que no ha hallado todavía en parte alguna las condiciones adecuadas ni siquiera para dar comienzo a su esfuerzo, pues sólo puede tener lugar cuando la tentativa del hombre de alcanzar y morar en la existencia espiritual no sea ya más el propósito excepcional de unos pocos individuos o se halle su aspiración general degradada y convertida en religión popular, sino cuando aquélla sea reconocida y seguida como la imperativa necesidad de nuestro ser y su culminación verdadera sea considerada el próximo paso en la evolución de nuestra raza.

Después de todo, la unidad espiritual y cultural es la única capaz de perdurar, y si el alma de un pueblo sobrevive, es en mayor medida gracias a una mente persistente y al espíritu que a un cuerpo resistente. Es ésta una verdad que la mente positiva occidental no entiende ni concede con facilidad y, sin embargo, sus pruebas están escritas a lo largo de toda la historia de las eras.

Cuando hallamos la unidad, el principio de variación no es destruido sino que, más bien, descubre su justificación; no es por la abolición de nosotros mismos, de nuestro poder y temperamento especial, propio, como podemos alcanzar una viviente unidad, sino siguiendo a éstos y elevándolos hasta el máximo de sus posibilidades de libertad y acción. Ésta es una verdad en la que yo mismo he insistido repetidamente, en relación a la idea y tentativa moderna de la unificación política de la humanidad y a la cuestión de la vida y cultura de un pueblo en todas sus partes y manifestaciones, como parte importantísima del sentido psicológico del desarrollo social. He insistido en que la uniformidad no es una unidad real sino muerta: la uniformidad mata la vida mientras que la unidad real, si se halla bien fundada, resulta vigorosa y fructífera por la rica energía de variación.